+10

NARRATIVA

La casa del ahorcado

Sara Bertrand

Ilustraciones de Karla Díaz y Carlos Eulefi

Seis primos pasan sus vacaciones en la casona familiar como todos los años. Sin embargo, este verano es diferente: por primera vez sienten curiosidad por la casa del ahorcado. ¿Será verdad que don Justo se ahorcó y por eso la casa recibe ese nombre? ¿Será, si no, que los brujos la hechizaron e hicieron desaparecer al hombre? María Pitrufquén no quiere decirles mucho y eso, solo aumenta el interés por descubrir el misterio.

En esta historia las creencias populares y supersticiones del campo chileno se hacen realidad.

ISBN: 978-956-15-2732-4

9 789561 527324

loqueleo

SANTILLANA

La casa del ahorcado

Sara Bertrand

loqueleo

La casa del ahorcado

Sara Bertrand

loqueleo

2016, Santillana del Pacífico S.A. Ediciones
Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002
Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56 2) 2384 30 00
Telefax: (56 2) 2384 30 60
Código Postal: 751-1303
www.loqueleo.com/cl

ISBN: 978-956-15-2732-4
N° de inscripción: 202.816
Impreso en Perú. Printed in Peru
Cuarta edición: enero de 2019
Cinco ediciones anteriores en Chile por el Grupo Santillana

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega.

La casa del ahorcado

Sara Bertrand



loqueleo

I

Hundida en la quebrada

La casa parecía incrustada en la quebrada, como si la mano de un gigante la hubiese empujado dentro. Sus muros estaban carcomidos por la humedad y la maleza, y eran de un color intermedio entre café, verde y blanco. A tal punto se mimetizaban con el entorno que era difícil distinguir si las correhuelas venían de adentro o afuera; lo mismo que el bosque que la circundaba. Robles y avellanos se tupían sobre ella, convirtiéndola en una sombra tenebrosa a los pies de una vertiente, pues por todos lados la vegetación amenazaba con tragársela. Y por esa razón, aunque eran las cinco de la tarde, la casa permanecía en penumbra, sola y abandonada.

–Quinientos pesos al que ponga un pie adentro –desafió Joaquín.

Los niños ahogaron un suspiro.

¿Cómo entrarían si la casa no parecía tener puerta? Mirándola desde el lugar donde estaban ellos, en el primer piso había dos ventanas tapiadas por ta-

blones de madera, y en el segundo, tres boquillas de luz pequeñas en las que escasamente cabría un gato.

–Quinientos pesos al que entre –repitió Joaquín, y los cinco niños se volvieron a mirarlo.

–Entra tú si estás tan interesado –reclamó Sofía, la prima menor.

–No. Ustedes son testigos de que yo no quería venir –se excusó–; vine solo por acompañarlos.

–¡Ah! Te da miedo –afirmó la niña.

–¿Y qué me iba a dar miedo? –preguntó, y los niños se rieron.

Sin necesidad de recordar las múltiples historias que habían escuchado sobre ella, era imposible no sentirse intimidado por el lugar; era aterrador. Observándola detenidamente, Sofía notó una leve abolladura en el techo, como si la hubiesen golpeado en el medio. Preguntó:

–¿Cómo se habrá partido?

–¿Partido? –repitió Estela, la mayor de las primas.

–¿No te das cuenta? ¡Mira! –respondió, señalando el techo–. Es como si le hubiese caído un árbol.

–¡Hey! Tienes razón –asintió.

Nadie dijo nada más, se quedaron mudos sopesando cuál de ellos se animaría a ingresar. De pronto, Manuel, el menor de los hombres, dio un paso adelante.

–Acepto los quinientos –señaló, y se encaminó hacia la casa.

Los niños se quedaron parados viendo cómo se aproximó y desapareció por el costado izquierdo, para luego volver a aparecer por el derecho.

–¡Hay una puerta aquí atrás! –les gritó desde ahí.

–¡Chist! –los niños lo hicieron callar.

–Habla más despacio –susurró Beatriz.

Pero Manuel, haciendo caso omiso de la advertencia, volvió a exclamar:

–¡Necesito que me ayuden! La puerta está trancada y no puedo moverla solo.

Pedro y Joaquín corrieron hacia él; luego, lo hicieron las niñas. El suelo bajo sus pies era una mezcla de agua, tierra y hojas que les succionaba los zapatos. De hecho, a Sofía se le hundieron en el barro y tuvo que desabrochárselos y sacarlos a tirones. Cuando estuvieron junto a Manuel se dieron cuenta de que efectivamente la entrada principal era por aquel lado, pues tenía una puerta con un porche y dos ventanas medianamente grandes. Con gran curiosidad, acentuada por el ruido de pájaros y otros animales que se movían por la quebrada, se aproximaron para empujarla.

–A la cuenta de tres –ordenó Pedro–. ¿Okey? Uno, dos, tres. ¡Ahora!



Todos presionaron al mismo tiempo, pero la puerta no aflojó; es decir, ni siquiera crujió ante la fuerza de los niños.

–¡Otra vez! –exigió Pedro, y los niños volvieron a forzar la puerta.

Entonces escucharon algo dentro de la casa. Instintivamente se apartaron.

–¿Oyeron eso? –preguntó Joaquín–. Ese ruido, como de pasos...

Y los seis se quedaron paralizados, igual que estatuas. Manuel gritó:

–¿Quién anda ahí?

Nuevamente sintieron algo que se movía en el interior.

–¿Escucharon? ¡Les dije! Hay algo ahí adentro.

Las niñas se abrazaron sin apartarse de la puerta.

–¡Salga de ahí! –gritó Manuel por el ojo de la cerradura e inmediatamente sintieron un alarido profundo, desgarrado, como salido de la boca de un animal moribundo.

Por un minuto los niños se quedaron inmóviles.

–Jiiiiihaaaaa.

El segundo grito los hizo arrancar despavoridos.

II

María Pitrufquén

Se detuvieron cuando llegaron a la casa de Los Robles, jadeantes y llenos de preguntas que no formularon por miedo a que sus padres los regañaran; es que tenían prohibido ir a la quebrada. De más estaba que se los recordaran, pues cada verano, apenas ponían un pie en la antigua casona, les escuchaban decir:

–No se acerquen a la quebrada.

Podían subir el cerro y llegar hasta la cruz, ir a la lechería y a la huerta de manzanas, pero a la quebrada ¡por ningún motivo! De ahí que mantuvieran en secreto sus excursiones, verdaderos comandos que realizaban durante sus vacaciones cerca de Temuco. Por ese motivo no era la primera vez que la recorrían, pero sí la primera que llegaban hasta la casa del ahorcado.

¡Habían escuchado tantas historias sobre ella! Conversaciones que le oían a sus padres o a los trabajadores de Los Robles. Decían que la casa estaba embrujada, que era la guarida de un brujo y que mejor sería demolerla, que en noches de luna llena se reunía un aquelarre y se escuchaban canciones dichas en lenguas muertas. Voces olvidadas por los hombres, ocultas al murmullo de las ciudades, pero recordadas por las bocas de los brujos que las repetían rítmicamente:

«Ahahaleiemmm
kuné mahá teenijjj
mahá nehé ihemmm, lé
alié kalá iaemmm».

También, habían oído decir que dentro habitaba un macho cabrío con sus cuernos y piernas lustrosas, dispuesto a arremeter contra cualquiera que osara poner un pie dentro de la casa. Contaban que se podían ver ojos lanzando chispas amarillas, como cuando caen las estrellas fugaces en la noche y el cielo gotea luces, tantas y de tal intensidad, que pareciera que fuera de día. Según estas historias, si alguien miraba de frente la luz de esos ojos, caería fulminado por el maleficio de un brujo. Decían que esa era su forma de atravesar a las personas más allá de sí mismas. Como una ventana al alma. Entonces, sin que la persona llegara a comprender lo que pasaba, quedaba convertida en perro, zorro o toro negro; un alma condenada a vagar por la oscuridad de la eternidad sin salvación alguna.

Habían escuchado decir que las mujeres embarazadas no podían pasar frente a la casa, porque les nacería el hijo con la marca del brujo y ellos no descansarían hasta encontrarlo y transformarlo en uno de ellos.

Siempre pensaron que esas historias eran falsas, pero cuando le preguntaron a María Pitrufquén por la casa, ella se negó rotundamente a decir algo. ¡Ella que hablaba hasta por los codos!

Se sintieron intrigados.

María Pitrufquén era la cocinera de Los Robles y trabajaba en la casona desde que los niños tenían memoria. Al igual que toda su familia, que se afanaba en la lechería y en el huerto, conocía la zona perfectamente y era buenaza para los cuentos, sobre todo para narrar las múltiples y variadas enfermedades que achacaban a los miembros de su numerosa familia. Como aquella tía suya que –les había contado– le encontraron un «gato enterito» dentro de la guata. Dijo que los médicos la abrieron y al ver al animal de cuatro patas paseando por sus vísceras, prefirieron cerrarla. Es decir, el gato se negaba a salir y así chiquitito como estaba, no le hacía mayor daño, por eso la cerraron. El problema fue que el gato creció y creció hasta que ocupó la barriga completa y su tía ya no pudo caminar ni comer, apenas si podía dormir y lo único que hacía era llorar, eternas lamentaciones que pronunciaba día y noche; así es que los médicos decidieron abrirla nuevamente y sacárselo a la fuerza.

–¡Claro! Lo que pasó es que el gato enterito estaba acostumbrado a vivir ahí dentro –les había dicho María.

Sin embargo –cosa curiosa–, sobre la casa del ahorcado no quiso decir una palabra. Y que María Pitrufquén no quisiera hablar –pensaron los niños– significaba que la historia de aquella casa era un misterio que valía la pena indagar. Por eso, después de la quebrada, se fueron directo a la cocina.

María Pitrufquén estaba pelando papas. Sin preámbulos de ninguna especie, Pedro le preguntó por la casa del ahorcado:

–¡Ah, no! Yo les he dicho que no sé *na*.

–¡María! ¡Qué te cuesta!, con que nos digas quién vivió ahí...

–¿Y *pa* qué quieren saber? ¡Ah, no!, ¿*pa* qué? –exclamó, dando vueltas alrededor de la cocina.

Hizo una pausa, como si les fuera a decir algo, pero en cambio tomó unos huevos y comenzó a separar las yemas de las claras.

–Queremos saber, nada más –insistió Pedro, omitiendo el hecho de que habían estado ahí.

–No, no, no. Después, sus padres se enteran de que abrí mi bocota y a mí me llega el reto –refunfuñó María, y empezó a batir.



Sofía logró ablandarla contándole todo lo que habían oído decir sobre ella:

–Por eso queremos visitarla, ¿sabes?, porque han inventado esos cuentos solo para meter miedo. Lo más probable –dijo la niña con una picardía que María Pitrufquén no captó– es que la casa sea simplemente una casa abandonada.

–¡Ay, *mijita*! Ojalá fuera como dice *usté* –se lamentó María Pitrufquén, y se arrepintió de inmediato–. ¡Ah! ¡Ven! Me hacen decir cosas que no debo. ¡Ay, María, María! –refunfuñó la mujer, y batió con intensidad las claras, que ya llegaban a merengue.

–Pero María –se acercó Beatriz–, es mejor que sepamos lo que pasó antes de ir hacia allá...

–¿Ir para allá? ¡Ay, niños, Dios nos salve! ¿Se volvieron locos? Nadie puede ir a la casa del ahorcado. Nadie –repitió María, y se quedó parada con la fuente de merengue en la mano y la mirada perdida en ninguna parte.

–Exageraciones de la gente, María; nosotros creemos que son puras mentiras –comenzó a decir Sofía, y María la interrumpió:

–¡Está bien! Les contaré todo, pero con una condición: prométanme que nunca, escúchenme bien, nunca, nunca, irán hasta esa casa.

Los niños asintieron con los hombros inclinados (¿por qué será que las mentiras pesan tanto?).

María tomó aliento y dijo:

–La casa... –y se detuvo unos segundos– era de don Justo, un hombre que murió de una manera muy extraña, la más extraña de todas, porque la verdad es que ¡nadie sabe cómo murió! Algunos piensan que se colgó de una cuerda; otros, que lo mataron, y otros, que mucho antes de morir se convirtió en kalku[1] y que dejó de habitar su forma humana y se transformó en un animal.

María Pitrufquén hizo una nueva pausa para sonarse ruidosamente. Los niños vieron cómo se enjugaba las lágrimas. Se veía que la historia le afectaba.

–¿Qué son los kalkus? –preguntó Beatriz.

–Unos hombres muy poderosos, poderosísimos, pero no me distraiga, *mijita*, ¿ve que pierdo el hilo? –la regañó María, y continuó–: Como era un hombre solo, tan rebuén tipo don Justo, si lo hubieran conocido, no mataba una mosca el hombre. ¡Ay, Diosito santo! Desapareció un día.

–¿Desapareció así como que se esfumó? –quiso saber Estela.

–No, no, no. Un día dejó de venir para acá y pensamos que andaba de juerga. ¿Qué sabe uno? Andaría enfiestado el hombre, *poh*, se le habrían pasado

1 Según la tradición mapuche, los kalkus eran soldados que se preparaban para causar daño al enemigo y se dice que en tiempos de guerra fueron muy importantes.

los tragos y cosas de ese tipo... A nadie se le ocurrió buscarlo. ¡Imagínense! ¡Pobre hombre! Pasó una semana entera perdido sin que nadie hiciera nada. Entonces, como no volvía *na* empezaron a hablar, ustedes saben cómo habla la gente... ¡Pst! No pararon de decir cosas y de imaginar dónde andaría metido el muy rediablo. ¡Y no se le ocurre a uno ir hasta la quebrada! Ahí lo encontraron: tiradito en el suelo de su casa con una cuerda bien amarrada al cogote.

–¿Se ahorcó? –preguntó Manuel.

–Eso pensamos, ahorcado ahí en el suelo, estaba dicho, pero después las cosas se pusieron muy extrañas...

–¿Por qué? –replicó Manuel.

–Porque para el entierro vino su familia, gente de por allá la cordillera, y dijeron que el que estaba metido en el cajón no era *na* don Justo. ¿Y cómo que no?, les preguntamos, pero ellos se pusieron pesados. Dijeron que no era, *poh* y que no y que no. Así es que se fueron enojados. Ni qué decir de pagar el entierro y los gastos del servicio, se fueron no más. Tampoco reclamaron la casa. Bueno, nadie la reclamó en verdad, porque ahí empezó otro cuento.

–¿Qué cuento? –preguntó impaciente Manuel.

–Que los que fueron hasta su casa, los que lo encontraron tirado en el suelo, dijeron que la familia tenía razón.

–¿Cómo? –preguntó Beatriz.

–Sí, *poh*, se desdijeron no más. Que ese que habían enterrado no era na don Justo, que se habían puro confundido.

–¡Ah! ¡No entiendo! ¿Quién era entonces? –reclamó Pedro.

–¡Vaya uno a saber! Nadie lo supo. Pero ellos dijeron que se habían equivocado por miedo a los brujos...

–¿Brujos? ¿Qué brujos? –preguntó Manuel con sorpresa.

La verdad sea dicha, los niños estaban igual de intrigados.

–No pongan esa cara –reclamó María Pitrufquén–, les estoy contando la pura y santa verdad. Los que fueron hasta su casa dijeron que cuando llegaron se encontraron con un brujo. Es decir, no exactamente un brujo, sino un zorro que los embrujó, y por eso contaron que el muerto era don Justo. Pero que después, cuando se les pasó el hechizo, dijeron la verdad. También porque era importante salvar el honor del bueno de don Justo, que en paz descanse, si es que en verdad fue que se murió... –y María se persignó tres veces seguidas.

–¡María, tu cuento es muy enredado! –exclamó Joaquín–. No entiendo nada.

–Muy simple –respondió María, estirándose el delantal–, ese zorro que vieron en la casa era don Justo, era un brujo en forma de animal y estaba ahí ese día porque quería ocupar el cuerpo del finado. ¿Se dan cuenta? Pero al ver que el muertito estaba vuelto boca abajo, no pudo meterse. ¿No ven que los brujos entran por la boca?

–¿Y tú crees esa historia? –preguntó Sofía.

–¡Pst! La cuestión no es *na* tan sencilla, *mijita*.

–¿Estás diciendo que el cuerpo que estaba en la casa y que después enterraron no era de don Justo?

–Así mismo, ellos dijeron que no era.

–¿Y que el zorro que encontraron ahí en la casa era don Justo convertido en brujo?

–¡Exacto! Se había convertido en kalkus y necesitaba un cuerpo humano para entrar, pero el finado estaba boca abajo y todos saben que los kalkus entran por la boca, así es que no pudo y se quedó afuerita no más.

–Eso es imposible, María –alegó Estela.

–¡Tal como oyen! Y eso es todo lo que sé y ya se los conté y ustedes prometieron sacar las narices del asunto, ¿eh? ¡Que los pille no más! Y ahora, ¡fuera, fuera!, que tengo que preparar la comida.

–Peee... –quiso seguir indagando Pedro.

–No hay pero que valga. Ahora se me van de la cocina y a jugar se ha dicho.

III

El juramento de sangre

Salieron a regañadientes y se sentaron en el patio trasero de la casa. La quebrada se delineaba a lo lejos como una enorme serpiente verde cortando el campo por la mitad. Vista de esta manera lucía eterna y majestuosa, pero Sofía sintió escalofríos al recordar la casa abandonada.

–¿Qué haremos? –preguntó Beatriz.

–Tenemos que volver y entrar, solo así descubriremos la verdad –dijo.

Un par de gallinas pasaron picoteando el suelo y la niña las espantó con la mano, justo cuando Estela comenzó a decir:

–Estoy de acuerdo con la Sofi, tenemos que volver y desenmascarar toda esta farsa. A mí me huele a que son puras mentiras. Ni siquiera creo que haya habido un ahorcado.

–Yo no he dicho que no crea en el ahorcado –replicó Sofía–, solo dije que deberíamos volver a la casa.

–¿Para qué? Mejor dedicar el verano a hacer otras cosas; a mí no me interesa para nada –replicó Joaquín.

–Ya sabemos que te da miedo –contestó Manuel con sonrisa pícara.

–¿Miedo? Nada qué ver. Lata no más –respondió el chico.

–¡Hey!, ¿pero no les parece extraño que nuestros papás traten de evitar a toda costa que vayamos hasta la quebrada? Además, María dijo que desde que murió don Justo –si es que realmente murió–, nadie se ha atrevido a poner un pie dentro de ella... peeero nosotros fuimos esta tarde y somos testigos de que ahí dentro hay algo o alguien.

–O sea, ¿tú le crees a María? –preguntó Pedro.

–¿Por qué no?

–¡Ay, Sofi! Porque los brujos y los zorros semihumanos no existen ¡Son puros cuentos!

–Yo no estaría tan segura –contestó la niña.

–Sofi, ¡por favor!, piensa un minuto. ¿Crees que alguien puede transformarse en perro o en zorro y después en persona, y viceversa, cuantas veces quiera? Esas cosas pasan solo en las películas –intervino Estela.

–No estoy diciendo que alguien se transforme en perro o en zorro y después se convierta en persona y

luego vuelva a ser perro o zorro. Solo digo que no me parece imposible que existan brujos... ¿por qué no?

El viento que sopló en ese momento los distrajo. Un pequeño remolino de tierra removió las hojas del patio, los niños permanecieron en silencio viendo el movimiento danzarín de las hojas.

Beatriz rompió la pausa al decir:

–Estoy de acuerdo con la Sofi.

–¡Otra más! Las mujeres se volvieron locas –exclamó Pedro.

–Pedro, no te pongas así, lo importante es que definamos qué vamos a hacer –trató de conciliar Estela.

–La casa encierra un misterio, eso no se discute –comenzó a decir Pedro, y el resto de los niños asintió–. Pero no sabemos de qué se trata –continuó el niño–, hasta ahora hemos escuchado puras fantasías. Yo propongo que...

–¿Qué? –repuso impaciente Joaquín.

–Que averigüemos más sobre el famoso don Justo, ¿qué tan buen tipo era? Todos sabemos que María le pone color a sus cuentos y para ella todos los muertos son santos –dijo.

–Tienes razón –respondió Joaquín.

–¡Claro! Porque también puede ser que el tipo haya sido un delincuente que se escapó para ocultarse de algo que hizo. Oye, ¡tal vez ahorcó al hombre que encontraron tirado en el suelo y se escapó! –sugirió Pedro.

–¿Quéééé? ¡Y después me alegas porque creo en brujos! –reclamó Sofía.

–¡Ya! ¡Ya! Dejen de pelear –pidió Estela– Nos estamos enredando sin tener idea de lo que pasó de verdad.

Los niños no contestaron. Estela continuó:

–El único dato con el que podemos contar es que misteriosamente un trabajador llamado don Justo desapareció. Que su casa está abandonada desde entonces y que en ella suceden cosas extrañas –resumió la niña.

Siguió:

–Si queremos descubrir qué pasó tendremos que trabajar unidos, ¿les parece?

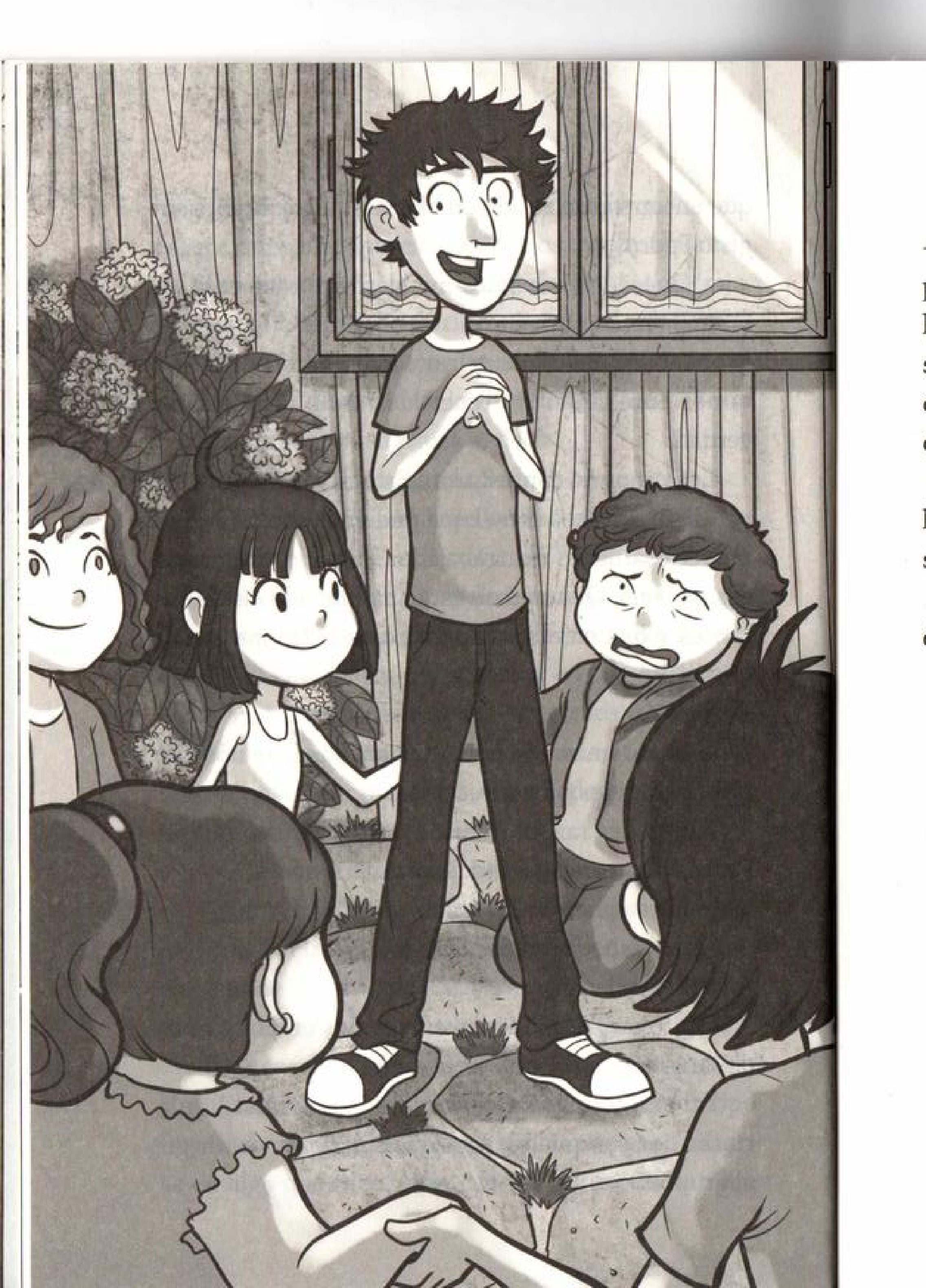
–Sí, tienes razón. Además, estoy de acuerdo con Pedro, nos convendría saber quién era este señor realmente –planteó Beatriz.

Todos estuvieron de acuerdo.

Pedro se levantó.

–Entonces propongo que hagamos un juramento de sangre.

Tal vez porque era el mayor de los primos (tenía trece años cumplidos), sentía la obligación de dirigir al grupo. Dijo:



–Juraremos silencio absoluto y lealtad al grupo –y acto seguido, con un pedazo de astilla, se hizo un piquete en el índice izquierdo. Una aureola de sangre le coronó la yema. Uno a uno, los primos repitieron su movimiento pinchando la punta de sus dedos índices, y cuando los seis estuvieron listos unieron sus dedos ensangrentados.

–Ahora somos *hermanos de sangre* –declaró solemne Pedro–. Nuestra misión acabará cuando resolvamos qué fue lo que ocurrió con don Justo.

En ese momento sintieron las voces de sus padres. La comida estaba lista.

IV

Brujos en Los Robles

Durante la cena los niños estuvieron atentos a las conversaciones de sus padres. Comieron unos portentosos huevos en chupalla[2], ensalada de lechuga y tomate –su preferida–, y de postre, por si fuera poco, María les preparó un espumado de manjar caliente con galletas de milhojas; sin embargo, se levantaron cabizbajos. La conversación en la mesa no pudo estar más alejada de su propósito, pues el tío Juan (padre de Sofía y Manuel) había propuesto dar un paseo por la playa. Tía Ema (mamá de Beatriz y Estela) contestó que mejor fueran a la cordillera, un paseo a caballo, y los tíos Carlos y Clemencia (papás de Pedro y Joaquín) sugirieron que lo mejor sería pasarse el verano ahí mismo sin salir a ningún lado, porque estaban realmente cansados y solo querían leer y dormir.

2 Los huevos en chupalla son un plato chileno que consiste en un huevo que se fríe envuelto en masa de empanada, quedando con forma de chupalla huasa.

Así es que los niños creyeron que se les pasaría el verano sin averiguar nada sobre el misterio de la casa del ahorcado. En eso iba pensando Sofía dispuesta a irse a la cama cuando vio pasar la silueta regordeta de María Pitrufquén por el corredor fuera de la casa. ¿Hacia dónde iría?, se preguntó la niña.

Miró hacia ambos lados, sus primos y hermanos habían salido del comedor al igual que sus padres y tíos, así es que se levantó de un salto y se fue tras ella. María apuraba el paso en medio de la penumbra, Sofía la siguió en puntillas. La vio dejar atrás el corredor y desaparecer en la oscuridad de la noche. Entonces sintió crujir la reja de madera de la huerta y supo que María había entrado. ¿Qué andaría buscando a esas horas? No pudo imaginárselo. Tampoco se animó a dejar el corredor e internarse en la oscuridad del patio. Era noche sin luna y la negrura era total, así es que se escondió detrás de un enorme macetero al costado de la escalera. ¿Qué cosas extrañas estaría tramando María?, se preguntó mientras tiritaba de frío; ¡debería haber traído un chaleco! A esa hora de la noche se notaba muy helado.

Al rato escuchó nuevos pasos por el corredor y se encogió para no ser vista. Esta vez se trataba de Luchín y Elba que caminaban en dirección a la huerta. ¿Y ahora qué?, pensó la niña. Por un minuto decidió

bajar y encararlos a los tres; de hecho, alcanzó a salir de su escondite detrás del macetero y llegar hasta las escaleras al final del corredor, pero la huerta quedaba lejos y tuvo miedo.

Volvió a ocultarse detrás del macetero y esperó. Le dolían las rodillas de tanto permanecer en cuclillas y las manos y los pies los tenía congelados. ¿Cuánto más tardarían? ¿Qué estarían haciendo ellos tres en la huerta? ¿Y si buscaba a sus primos y les pedía ayuda? ¡Ah! Pero seguro que nadie le creería, se acomplejó, dirían que ella siempre anda inventando cuentos. Estaba sumergida en ese tipo de pensamientos cuando reconoció la cara regordeta de María Pitrufquén que volvía de la huerta, y salió dando un salto:

–¡María!

La mujer dio un grito:

–¡Ave María Purísima!

–¿Qué andabas haciendo en la huerta? –preguntó la niña, todavía con la respiración acelerada.

–¡Ay, mi niña! ¡Qué manera de andar saltando como conejo detrás de los maceteros!

–Pero no me has contestado. ¿Qué hacías en la huerta? –repitió seria.

–¡Ay, *mijita*! Ahora se me pone *intrigosa*. Nada, pues, buscaba unas hojitas de toronjil para hacerme una agüita.

–¿Y Luchín y la Elba?

–Vamos para dentro, será mejor –y María dio una mirada alrededor–. No me gusta *na* hablar en medio de esta negrura. Uno nunca sabe quién escucha.

Una vez en la cocina, la mujer puso agua en la tetera y sacó del bolsillo un par de matas de ají. Sofía se sentó al lado de la mesa que estaba en el centro. Le preguntó:

–¿Vas a tomar agua de ají?

María Pitrufquén bajó la voz:

–No, no, estas vainas son para reconocer a los brujos.

–¿Brujos?

–Cuando ustedes salieron de la cocina hace un rato... ¡ay, Diosito, perdóname! ¡Estas cosas me pasan por andar abriendo mi bocota! –exclamó, alzando sus voluminosos brazos hacia el cielo–. Vi algo extraño allá afuera... algo que se movía en los matorrales.

–¿Algo como qué? –preguntó la niña.

María continuó:

–Es que, *mijita*, Los Robles está lleno de brujos, ¡rellenito! Y ahora que se me ocurrió contarles esa historia... Seguro que se vienen, por eso necesito espantarlos. ¿No ve que uno les tira el ají y estornudan y salen corriendo?

–¿Es verdad?

–El Lucho y la Elba andan en lo mismo; según ellos, en la tarde vieron un zorro merodeando por allá atrás –explicó la mujer, señalando hacia la ventana–. ¡Ay! Nuestra Virgencita santa se apiade de nosotros, porque en pocos días habrá luna llena.

–¿Ah?

–¡Ay, *mijita*! Usted como aterrizando de la luna, ¿no ve que los brujos se reúnen con luna llena? ¡Ya, ya! No me haga hablar, mire que si le pasara algo no me lo perdonaría –dijo María, persignándose.

–¡Pero, María! Mucho peor es que me dejes con el cuento a medias.

María le hizo señas para que callara. Se asomó a la ventana y rápidamente corrió las cortinas. Se dio vuelta y miró la cocina, como queriendo encontrar algo; luego, avanzó lentamente hacia Sofía, pero se quedó en el medio. La niña quiso decir algo, pero María la retuvo llevándose el dedo índice a la boca. Esperó, como si quisiera oír, como si buscara encontrar. ¿Qué estaría haciendo María?, se preguntó Sofía. Entonces oyó su vozarrón dirigiéndose a ninguna parte:

–¡Tengo ají en mis bolsillos! Mucho, mucho ají.

Nuevamente, casi gritando, pronunció:

–Y ahora me sentaré a tomar mi agua de toronjil.

–...

Sofía pensó que María se había vuelto loca y se arrepintió de haberla seguido aquella noche. Pero la mujer acomodó una silla a su lado y con la misma calidez de siempre le dijo:

–Con esto los espantaré un buen rato. Bueno, como te decía, hace muchos años, antes incluso de que tus abuelos compraran esta tierra y formaran la lechería y todo lo que conoces por aquí, en Los Robles había una cueva. Allá donde pusieron esa cruz en el cerro, ahí mismo estaba. Se decía que era la casa de un brujo sabio, un verdadero soldado, defensor de nuestras tradiciones y de los tesoros de esta tierra. Dicen que tenía la costumbre de reunirse con otros brujos buenos como él y que sus aquelarres eran importantes reuniones en las que procuraban mantener la paz y la armonía entre las gentes; no había peleas y nadie sentía miedo porque sabían que él custodiaba el orden. Pero un día apareció un brujo malo. Al principio, el brujo sabio lo dejó hablar porque pensó que se volvería bueno, pero se equivocó.

El brujo malo sembró la cizaña y los brujos comenzaron a desconfiar unos de otros y a pelearse durante los aquelarres, sin poder llegar a acuerdo sobre nada. Entonces, el brujo sabio le pidió al brujo malo que se fuera y no regresara jamás. Ofendido, el



brujo malo fue hasta el chamán y le mintió, dijo que el brujo sabio era malo y que se reunían en esa cueva para planear desgracias, que pronto la gente de la región caería enferma y que no habría poder sobrehumano para salvarla. Esa misma tarde, el chamán, que era un poderoso curandero y amaba a su gente, fue hasta la cueva e invocando los poderes del día y la noche, de la lluvia y el sol, la cerró con rocas hasta hacerla desaparecer, dejando encerrados ahí a todos los brujos buenos.

María Pitrufquén hizo una pausa.

–¿Y qué pasó? –preguntó Sofía.

–*Bueee*, con el tiempo el chamán se dio cuenta del engaño, pero no pudo revertir el hechizo porque había invocado los poderes del día y la noche, así es que la cueva y los brujos buenos desaparecieron para siempre. Al chamán no le quedó más remedio que acusar de traición al brujo malo y echarlo; pero ahora, desde que desapareció don Justo, la gente habla de que el brujo malo volvió. Que volverá a sembrar cizaña y hará daño.

–¿Y tú lo crees?

–¡Ay! No sé qué pensar, *mijita*. ¿Qué va a saber una? Nada. Una se defiende no más, se anda con cuidado, pero yo he visto que pasan cosas extrañas.

–¿Qué cosas, María? –preguntó Sofía, y en esos momentos escuchó la voz de su madre llamándola desde el pasillo.

–Vaya, vaya que si su madre se entera de todo esto... ¡Huy! Quedará la grande.

–Hum –rezongó la niña.

–Tome *mijita* –dijo María Pitrufquén, entregándole un par de vainas de ají–. Si nota algo extraño, usted las sacude no más.

Sofía salió de la cocina con sus ajíes en la mano y se encontró de frente con su madre.

–¿Qué hacías en la cocina a esta hora? –le preguntó.

–Nada... conversaba con la María –respondió la niña, y caminaron juntas por el pasillo en dirección al dormitorio.

–No me gusta que te acuestes tan tarde, Sofi.

–Es que mamá...

–Es que nada.

–Si te preguntara algo, ¿me prometes que no retarías a la María?

Su madre se detuvo.

–Sofía, tú sabes que María cuenta muchas cosas, pero no todas son totalmente ciertas.

Sin contenerse, Sofía dijo:

–María dice que hubo brujos acá en Los Robles.

–Ahhh, así se cuenta... Cuando era chica me daban mucho miedo esas historias, a veces era tanto que prefería dormir en el clóset; mi mamá tenía que llevarme a la cama cuando ya estaba profundamente dormida –contestó la madre.

–¿Pero no crees en ellos?

–Ya no. Son historias, Sofía. Al final te darás cuenta de eso, que son solo historias.

V

El cerro de la cruz

A la mañana siguiente, Sofía despertó a sus primas Estela y Beatriz para contarles lo que había conversado con María en la noche.

–¿Qué les parece si vamos al cerro de la cruz? –les propuso.

–No es mala idea, aunque hemos ido tantas veces... –contestó bostezando Estela.

–Pero no perdemos nada yendo otra vez –concilió Beatriz, y se vistieron rápidamente para ir en busca de sus primos.

Ellos accedieron sin muchas ganas. El cerro donde estaba la cruz quedaba al costado derecho de la casa de Los Robles. Redondo como una panza, no era demasiado alto, pero bastante empinado, y los niños llegaron jadeantes y transpirando. No sabían dónde comenzar a buscar la famosa cueva del brujo bueno, pero tampoco tenían esperanzas de encontrarla. Sin embargo, todos amablemente le seguían la corriente a Sofía, porque conocían de memoria su porfía, y entre quedarse en la casa y pasear un rato, resolvieron recorrer el lugar aunque no les diera ninguna pista.

Mientras tanto, Sofía iba de un lado a otro, convencida de que vería algo que nunca antes había visto en ese cerro mil veces visitado. Era una intuición sin fundamento, por eso daba vueltas alrededor esperando que ocurriera algo extraordinario. Llevaban poco más de media hora cuando Pedro exclamó:

–¡Este lugar no tiene nada que ver con la casa del ahorcado!

–¿Por qué no nos vamos? –preguntó Joaquín.

–¡Qué les cuesta! Quedémonos un rato más, se trata de encontrar algo nuevo –pidió Sofía.

Y los niños se rieron a carcajadas, pero en ese preciso momento se levantó el viento. Y al decir «levantó», es porque no vino desde el aire, sino que apareció de la tierra, como si surgiera por debajo de sus pies. Primero, como una brisa suave que les revolvió las ropas y los cabellos; luego, con la intensidad de levantar hojas, sacudir árboles y armar una enorme polvoreda. Sonando como una «f» dicha ronca y continuada. Una «f» que les sopló las caras, los oídos e hizo que sus ropas se oscilaran como velas. Y aunque estaban en pleno verano, sintieron frío y se les crispó la piel; así de fuerte era el ventarrón.

descubrieron que no había nada; parecía el refugio de un montañés con un catre de campaña a un costado, una fogata apagada al centro y arriba de una roca plana como una mesa, una linterna, un par de platos y un tacho para el agua. En otras palabras, nada extraordinario.

Estaban desconcertados: ¿quién ocuparía esa gruta? Y, sobre todo, ¿qué relación tendría con la casa del ahorcado?

–¡Me vuelvo para la casa! ¡Estoy aburrida y tengo hambre! –exclamó Beatriz y le sonaron las tripas. ¿Escucharon?

Salió de la cueva y a los pocos minutos la oyeron gritar.

VI

Detrás del muro

Estaba con las manos tapándose la boca, inmóvil, como petrificada, porque no movía ni siquiera las pestañas.

–Bea, ¿qué te pasó? –preguntó Joaquín.

–Eh, eh, eh, eh... –balbuceó, señalando el bosque al frente de ellos.

Los niños miraron, pero no vieron más que troncos de avellanos y la tupida vegetación que lo mezclaba todo.

–¿Qué? –preguntó impaciente Pedro.

–Eh, eh, eh ... –Beatriz tartamudeó monosílabos.

–Vamos a la casa –propuso Estela.

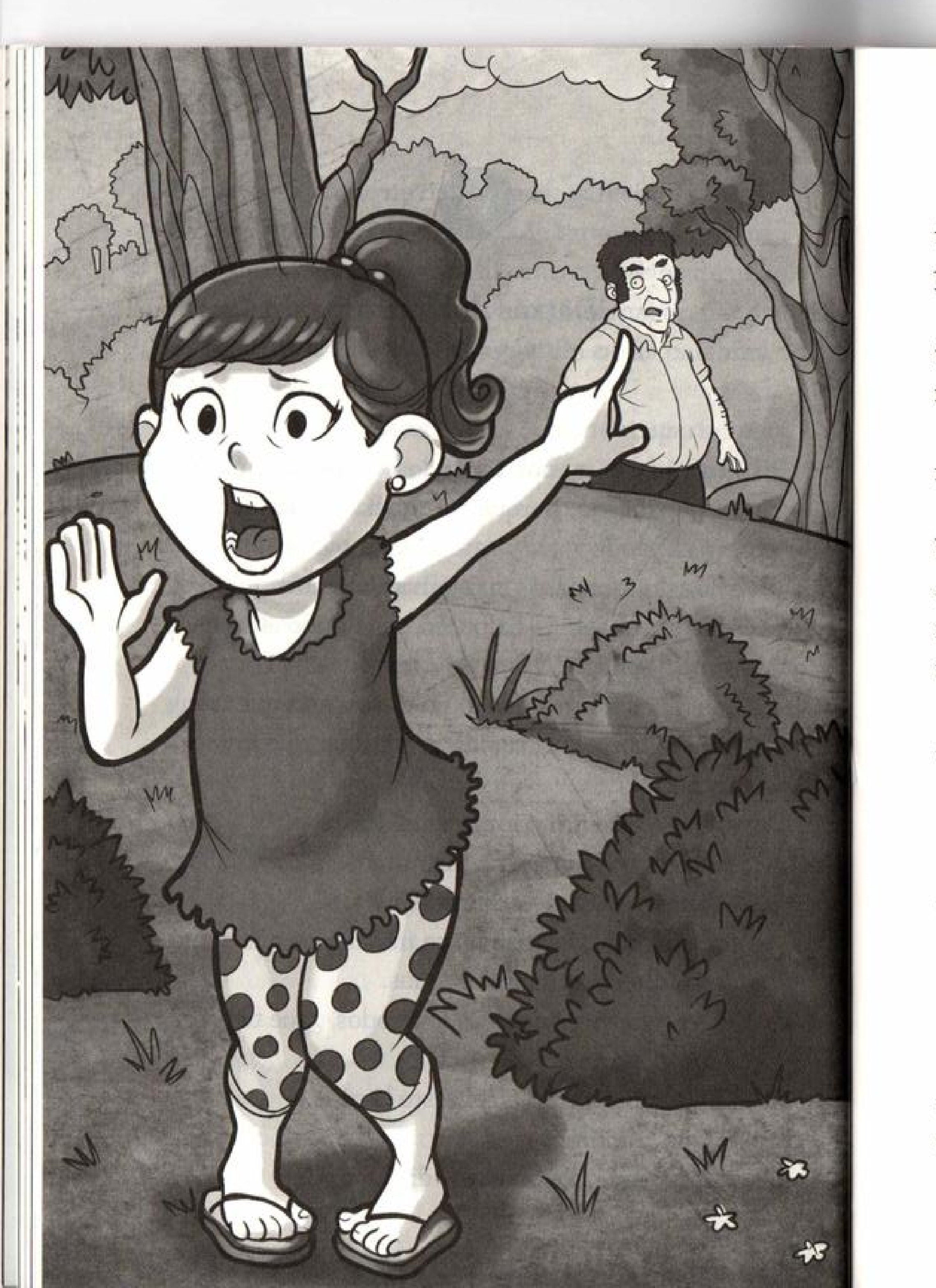
Sin embargo, Beatriz no se movía y seguía señalando en dirección a los avellanos.

–Oye, nos estás asustando a todos, ¿qué te pasa? –preguntó Manuel.

–El hombre –por fin contestó la niña.

–¿Qué hombre?

–Ahí mismo, un hombre –dijo.



Los primos miraron otra vez hacia el bosque, los troncos y la maleza, pero ahí no había más que el tupido bosque de avellanos.

–Seguro que te lo imaginaste; con el hambre que tenemos, ¡todos terminaremos viendo cosas! –bromeó Joaquín, pero nadie se rio.

–No –respondió Beatriz secamente–, yo lo vi con mis propios ojos, había un hombre parado ahí.

De todos modos, la obligaron a volver a Los Robles, a la cocina de María Pitrufquén. El almuerzo estaba listo, así es que se sentaron apenas se hubieron lavado las manos. Beatriz permanecía ensimismada cuando Sofía preguntó:

–Oye, María, ¿tienes alguna foto de don Justo?

–¡Ay, niños! En mala hora les conté la historia.

–¿Tienes alguna? –insistió.

–No sé, éramos tan jóvenes y fue hace tanto... –dijo la mujer, ensimismada.

–¡Muéstramela! ¡Qué te cuesta! –pidió Sofi.

–¿Y para qué la quiere?, ¿eh?

–Para verla nada más.

No fue difícil convencerla, pues ya se dijo, María adoraba contar historias, y no más sacó la fotografía arrugada y vieja de su libreta, comenzó a decir:

–Esta foto la sacó su abuelo Aurelio, me acuer-

do como si fuera ayer, estábamos parados en el portón de allá afuera cuando llegó con su cámara moderna y nos retrató. La trajo de Europa, la cámara, ¿se dan cuenta? De Europa, por eso sacaba buenas fotos, no como las de ahora que no duran nada. Se la trajo en uno de esos viajes que hizo, porque su abuelo viajaba todos los años y no era nada un viaje cualquiera, se iba por tres o cuatro meses y andaba por Madrid, París, Londres, ese tipo de ciudades, como un caballero. Sí, yo le servía la mesa y él me decía: «Siéntate, María, que te voy a contar de Europa». Y hablaba de los edificios, de los jardines, de los parques que recorría, y yo me imaginaba perfecto esas ciudades elegantes. Así que nos sacó la foto. ¿Ven? Ahí está Pablo, don Prime y don Justo, y esa cabra delgada, ¡esa era yo! –exclamó María y se echó a reír.

Pero los niños no se fijaron en el cuerpo joven y esbelto de María Pitrufquén, sino que se detuvieron en la imagen en blanco y negro de don Justo. Medio despistado, Manuel preguntó:

–¿Es este?

–¡Sí! Mírenlo que era agallado, ¿eh? ¡Uf! Si lo hubieran conocido, a don Justo no se le escapaban los ratones, así decía su abuelo Aurelio. Porque era buenazo para agarrarlos, ponía trampas por toda la casa y cada mañana uno encontraba cuatro o cinco adentro –contó María.

Beatriz se acercó a la foto y exclamó:

–¡Ahhhh!

Se puso pálida y le temblaron las manos.

–¡Ay, niñita!, y a *usté*, ¿qué mosca le picó?

–Ahhhh –Beatriz volvió a suspirar.

Sofía le preguntó al oído:

–Este era el hombre, ¿no?

Beatriz asintió.

Inmediatamente, una sensación extraña la invadió, como si estuviera a punto de desmayarse y un frío congelador le recorriera el cuerpo. El resto de los primos comprendieron de inmediato, y probablemente María también hubiese notado el desasosiego de los niños de no haber sido porque seguía animadísima hablando y no paraba de contar cuando llegó a Los Robles y era joven y delgada y conoció al Pablo y después se casaron y se trasladaron a vivir a la casa grande para ayudar al abuelo Aurelio y tuvieron a la Ema...

–Le puse el nombre de su abuela, niños, en honor a ella. Que en paz descanse mi señora, tan rebuena dama que era y morir de un día para otro, como una santita se fue la señora, ¿ven? Y el caballero no fue más lo que era, porque ahora don Aurelio ni aparece

por acá en Los Robles, pero antes, cuando vivía la señora, cómo se pasaban meses enteros acá.

Entonces –como si le hubiese caído un rayo– se acordó de que tenía que hacer pan amasado y los echó de la cocina.

–¡Miren cómo me hacen perder el tiempo! –los regañó.

Los niños se sentaron bajo el árbol que marcaba la entrada a Los Robles, a un costado del portón en el que años atrás el abuelo Aurelio le sacó aquella fotografía a María y al resto de su grupo.

Beatriz comenzó nuevamente:

–¡Ahhh! ¡Ahhh! –apuntando hacia un costado de la casa.

Todos miraron hacia donde ella señalaba y vieron a un hombre pequeño observándolos desde lejos. Manuel lo encaró:

–¡Hey! ¡Hey!

Pero el hombre dio media vuelta y se alejó corriendo.

Los niños lo siguieron a toda velocidad, pero era una carrera extraña, porque aunque iban rápido, no lograron alcanzarlo ni de cerca. El hombre, pese a su aspecto deteriorado, era increíblemente ágil, y cuando llegó al muro de piedra de la casa de Los Robles, dio un salto y desapareció.

Manuel también trepó de un salto, pero no supo distinguir hacia dónde había corrido y se quedó parado con desilusión.

–¡Se fue! ¡No está! –gritó desde el otro lado.

VII

Cada vez más cerca

Una vez que todos hubieron saltado al otro lado del muro, decidieron separarse. Pedro, Estela y Joaquín partieron por un lado; Beatriz, Sofía y Manuel, por otro. La idea, según acordaron, era encontrar al misterioso hombre y reunirse en la casa del ahorcado en un par de horas. El primer grupo se fue hacia la derecha, para tomar la quebrada desde la parte más baja, y el segundo, por la izquierda, para tomarla desde la más alta.

Llevaban poco rato andado cuando Beatriz preguntó:

–¿Creen que se trate de un fantasma?

–¿Quién? ¿El hombre que viste? –quiso saber Manuel.

–Ajá.

–No, Bea, yo pienso que es un hombre de carne y hueso –respondió Sofía.

–¡Hey! A mí me pareció de lo más real, y si no hubiera sido porque corría como un salvaje, lo habría atrapado –repuso Manuel.

–Pero si efectivamente vimos a don Justo, ¿por qué lleva veinte años desaparecido?

–¡Quién sabe! Tal vez se volvió loco –sugirió Sofía.

–O a lo mejor estaba viviendo fuera del país. La otra vez mostraron por televisión a un hombre que su familia creía que estaba muerto, pero él se había escapado a Argentina y estaba casado y tenía un montón de hijos.

–¡Qué patudo!

Como iban conversando distraídos, no se percataron de que el zorro culpeo de cola frondosa los seguía unos metros atrás. A paso lento, sin apuro y con la cabeza gacha, avanzaba detrás de los niños.

Ellos seguían conversando.

–Parece que el tipo quería cobrar un seguro de vida, porque se acababa de morir su mamá, o algo así, pero se trataba de un montón de dinero.

–Jajajaja –Sofía se rio–, es como en las telenovelas.

–Sí, pero peor porque era de verdad y su familia estaba enojada y quería demandarlo por todos los años que había estado desaparecido –repuso el niño.

–Ahhhhh –Beatriz volvió al suspiro.

–¿Qué te pasa ahora? –le preguntó Manuel.

–¡Miren! –la niña señaló en dirección al animal que casi le rozaba los pies.

Por un minuto no supieron cómo reaccionar y se

quedaron paralizados. El zorro también se detuvo, aguardó unos segundos y luego siguió caminando.

–¡Quiere que lo sigamos! –dijo Sofía.

–¡Otra vez! –exclamó Beatriz.

Partieron tras él con ese paso flojo que llevaba.

Cruzaron el potrero, internándose por la quebrada, atravesaron el estero hacia un lado, luego hacia el otro. El zorro parecía conocer el camino de memoria, avanzando en medio de esa espesura de troncos, maleza y árboles con una agilidad sorprendente, saltando una piedra aquí, metiéndose por debajo de unos troncos allá. Nunca les resultó más sencillo caminar por la quebrada y llegar hasta la casa del ahorcado, pensaron los niños. Casi sin darse cuenta la tenían enfrente.

El zorro se detuvo. Sofía sintió ganas de acariciarle su cola suave y frondosa, como la de un perro lanudo, de esos que son inofensivos y amigos fieles; se acercó tímidamente, pero el animal dio un salto y se encaramó en la ventana, de ahí otro brinco y cayó en el techo, caminó entre las tejas con agilidad y se metió por la hendidura que partía el techo en dos.

–¿Qué hacemos? –preguntó Manuel, impaciente.

–Esperar. Quiere mostrarnos algo.

Desde dentro les llegaba el sonido indescifrable de cosas que se movían. El zorro buscaba algo. Beatriz se sentó en una piedra.

–¿Qué haremos si aparece ese hombre? –preguntó la niña.

–Eso no va a ocurrir –contestó Sofía.

–¿Por qué estás tan segura?

–¡No sé! Es una corazonada.

–Prima, por fa, no te pongas misteriosa ahora –pidió Beatriz.

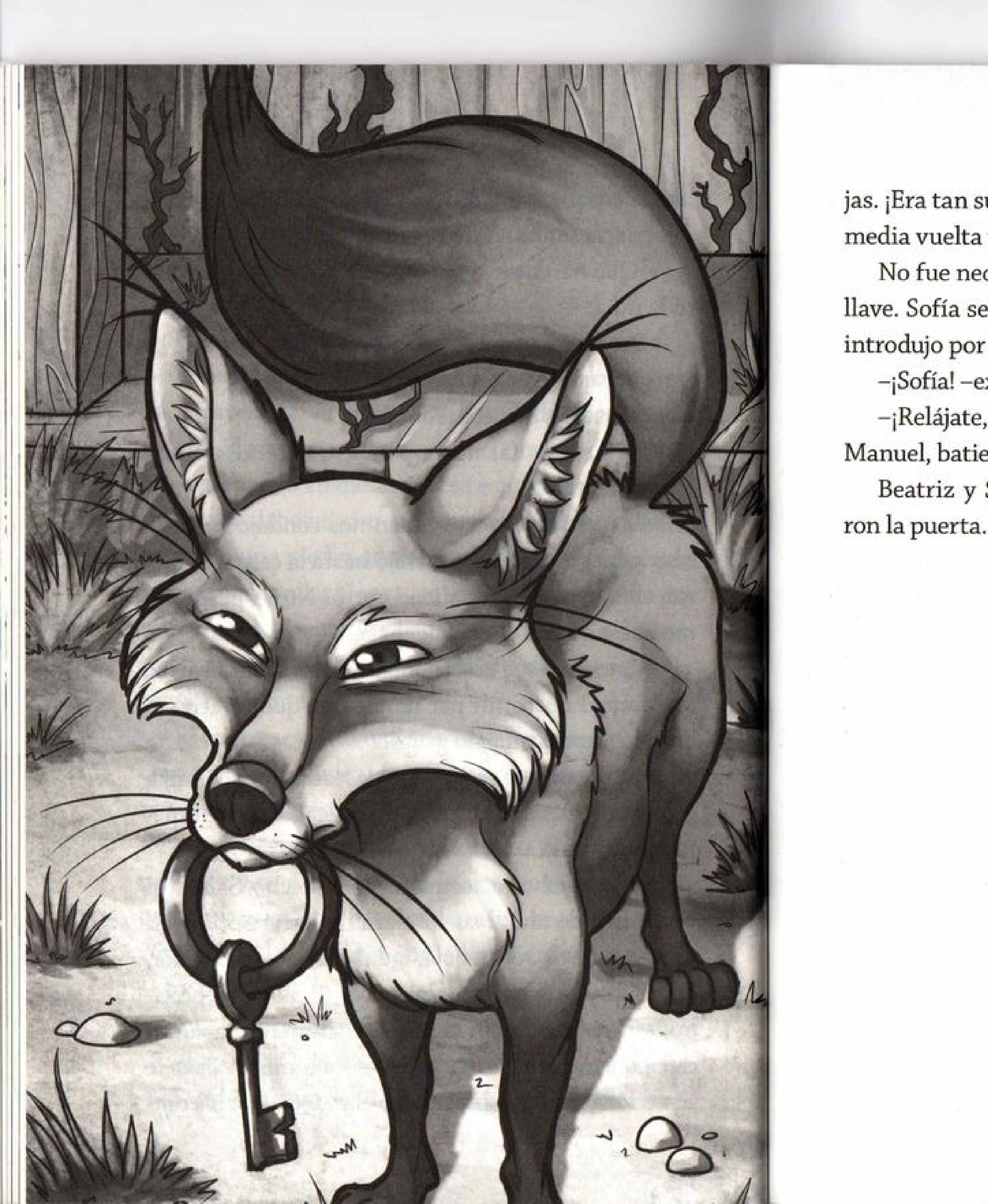
–Es que fue el zorro quien nos condujo hasta la cueva; luego, el zorro nos trajo hasta la casa. ¿Se dieron cuenta con qué facilidad entró? No sé, pero a mí me huele que no es coincidencia.

–¿Crees que sea una trampa? –quiso saber Beatriz.

Manuel buscó un par de piedras que se echó al bolsillo y tomó un palo grueso.

–Entonces, que se atreva a pasearse por acá –dijo, golpeando el palo contra su mano–. ¡Lo estaré esperando!

El zorro volvió a asomarse por el techo. Saltó a la ventana y de ahí al suelo. Caminó hacia Sofía y en una especie de reverencia, igual que la vez anterior, depositó una llave a sus pies. La niña se agachó tímidamente, extendió la mano, el animal estaba tan cerca que no se resistió, y en vez de tomar la llave le acarició la nuca y le hizo cosquillas detrás de las ore-



jas. ¡Era tan suave! El zorro le lengüeteó la mano, dio media vuelta y se fue veloz.

No fue necesario que les explicaran qué abría esa llave. Sofía se levantó y se dirigió hacia la puerta, la introdujo por la ranura y la giró. La puerta se abrió.

–¡Sofía! –exclamó Beatriz–. ¿Y si fuera una trampa?

–¡Relájate, Bea! Estoy preparado, ¿no ves? –dijo Manuel, batiendo el palo.

Beatriz y Sofía lo miraron sonriendo y empujaron la puerta.



VIII

Las pisadas misteriosas

Un vaho húmedo y maloliente les golpeó las narices, mezcla de olores a mugre, bosque y hongos. Predominaba un tufillo a hojas podridas y materiales en descomposición tan difícil de obviar, que prefirieron cubrirse las narices con sus poleras. Una penumbra tenebrosa se había apoderado del color de los muebles y repisas que sobrevivían ahí dentro; todo era negruzco y desvaído.

Los tres primos avanzaron a paso lento, sintiendo cómo crujía la madera bajo sus pies y se detuvieron en el medio; desde ahí dominaron la casa completa. A un extremo estaba la cocina; al otro, la puerta a un dormitorio; al fondo, la escalera al segundo piso, y detrás suyo, el living. Sofía se estremeció al comprobar que había telas de araña por donde mirara. Cada rincón de la casa estaba dominado por una capa transparente y pegajosa. Algunas tenían sus ocupantes afanadas comiéndose a una mosca, otras protegían sus capullos repletos de arañitas

por nacer. Sofía se estremeció; odiaba a las arañas. Las arañas y los ratones eran sus peores pesadillas, por eso casi salió arrancando cuando miró el suelo y descubrió sus rastros. Además, tanto en el sofá del living como en el sillón se notaban las huellas que dejan los dientes de los ratones. ¡Uf! Sofía desvió la mirada. No muy lejos, pensó, debía encontrarse un nido de ratas.

Lo que les quedó claro es que en todo el suelo no había ni una sola huella de pisada humana. Manuel se agachó a revisarlas.

–Esta casa está poblada de animales. ¡Miren! –señaló la madera y el rastro que habían dejado un sinfín de patitas que iba de un lado a otro–, deben entrar por millones.

–Seguro que se cuelan por el techo, igual como el zorro –dijo Beatriz.

–Obvio, y ¡vean! hay una huella que se repite. ¿Se fijan?

Se trataban de unas pisadas pequeñas, poco más grandes que las de un ratón y más chicas que las del zorro.

–¿Será posible que en esta casa se reúnan brujos? –preguntó Sofía.

–Brujos, no lo sé. Animales, sin lugar a dudas –contestó Beatriz.

–No veo nada extraño. Me parece que es una casa abandonada y nada más –repuso Manuel.

–¿Abandonada? ¡Tomada por animales, dirás! –replicó Beatriz, pero no alcanzó a terminar cuando escucharon unas pisadas.

Alguien caminaba en el segundo piso. Manuel les hizo señas para que se quedaran quietas.

–Subiré a revisar –susurró.

–¡No! No puedes ir solo –dijo Beatriz, tomándolo de la polera.

–¡Chist! –Sofía los hizo callar y preguntó con un hilo de voz–: ¿Se dan cuenta?

–¿De qué? –preguntó Manuel.

–De que mientras hablamos se detiene, como si escuchara lo que decimos.

–Tenemos que subir –resolvió Manuel, y caminó hasta la escalera.

Iba en la mitad de la escalera cuando escucharon que los llamaban de afuera:

–¡Sofía!, ¡Manuel!, ¡Beatriz!

Era la voz de Pedro. Las niñas salieron corriendo.

–¿Cómo entraron? –preguntó el niño apenas las vio aparecer.

–¡Chist! –exclamó Sofía–, alguien anda arriba.

Manuel fue a ver.

–Iré a ayudarlo –dijo Pedro, y entró a la casa hecho un bólido.

Pero al rato apareció junto a Manuel.

–Lo que haya sido ya no está –dijo este último.

–¿Cómo? –preguntó Sofía.

–Subí a ver, pero no había nada. Solo pisadas.

–Ahhh, yo quiero ir a verlas –repuso Estela, y todos partieron tras ella.

El segundo piso era un peladero. No había más que hojas, tierra y pisadas, muchas pisadas. ¿De qué? ¿De quién? No supieron definir. Parecían huellas de animales, sí, ¿pero cuál?, se preguntaron. Los niños se separaron revisando el lugar. De pronto, Manuel los llamó:

–¿Ven esto? –se trataba de una puerta.

El niño dio vueltas a la manilla, pero la puerta estaba cerrada.

–Necesito que me ayuden a abrir.

–¿Para qué? ¿Crees que haya algo que nos interese? –preguntó Joaquín.

–Es lo que vamos a averiguar ahora mismo –dijo Manuel.

–Todavía no nos cuentan cómo lograron entrar –repuso el niño.

–Ya te contaremos –señaló Manuel–, ahora ayúdame a abrir.

Volvieron a empujar, con más fuerza que la vez anterior, y la puerta cedió. Era una pieza pequeña, llena de instrumentos y herramientas muy variadas: palas, picotas, una linterna, velas, una escoba, un par de listones de madera y cachureos de ese tipo. Nada en especial.

–Para variar estamos perdiendo el tiempo –rezongó Beatriz–. Esta casa no es más que una casa vieja y destartalada como dijo Manuel.

–No lo creo –respondió Sofía–; de ser así, el zorro no nos habría conducido hasta aquí.

–¿El zorro? –preguntó Joaquín.

–Sí, lo encontramos en medio de la quebrada y nos trajo hasta acá, después se metió por un agujero en el techo y volvió con la llave de la casa.

–¿En serio? –preguntó el niño, sorprendido.

La niña asintió.

–¿Y si fuera cierto lo que contó la María? –preguntó Joaquín.

–¡Oye, no exageres! Nosotros lo vimos: era un animal como cualquier otro –replicó Beatriz.

Pedro la interrumpió:

–¿Saben? Estamos como los perros persiguiéndonos la cola. Esta es una casa abandonada, con huellas de un montón de animales. ¡Imagínense no más la cantidad que han pasado! ¡Miles de mi-

llones! Y nosotros pensando quizás qué cosas y, para peor, andamos buscando a un loco que un día desapareció porque se le dio la gana. Estoy seguro de que ese famoso don Justo estaba chalado. A estas alturas, lo más increíble es que pensemos que esta casucha esconde un misterio –terminó casi gritando.

Los niños se quedaron callados, como meditando sus palabras.

Sofía comenzó a decir:

–Oye, para saber si esta casa no es más que una casa abandonada tendríamos que... –y no alcanzó a terminar porque oyeron a alguien que entraba en la casa.

–¿Quiénes andan ahí? –preguntó una voz ronca en el piso de abajo–. ¡Salgan de inmediato! –insistió.

Petrificados de terror, mudos y aguantando la respiración, los niños no se movieron.

–Sé que están aquí dentro, ¡salgan ahora mismo! –volvió a repetir.



IX

Cuestión de confianza

Sofía sintió que su corazón bombeaba a miles de pulsaciones por segundo: bum-bum-bum; tanto, que no escuchó nada más. Se apretujó a su hermano Manuel, temblando de miedo. El niño la escondió detrás suyo y en un gesto heroico agitó el palo apenas sintió los pasos que subían por la escalera.

–Quiero saber quién anda aquí –escucharon decir.

Beatriz se aferró al brazo de Sofía, e igual que ella desapareció detrás de la figura de Manuel.

–¿Quién se atreve a entrar sin mi permiso? –insistía la voz que subía por la escalera.

Por un minuto, los niños pensaron que estaban perdidos.

Lo vieron aparecer unos segundos después. Don Justo Marfián en vivo y en directo. Don Justo en su propia casa. Era para no creérselo; quizás, por esa misma razón, los niños se quedaron inmóviles mirándole la cara detenidamente. Por su parte, el hombre los miró uno a uno.

–¡Así es que finalmente lograron entrar! –dijo y sonrió–. ¡Gracias, Sofía! Has sido tan perseverante, te lo agradeceré siempre –e hizo una reverencia que les pareció conocida.

–¿Gracias? –preguntó la niña.

–Sí, sí. ¡Gracias! Sin tu perseverancia no lo hubiese logrado. ¡No sabes lo mucho que necesitaba que abrieran la casa! –exclamó–. Digo, necesitaba entrar, ¡hace años que lo añoro! Pero no podía hacerlo, al menos no de esta forma, y *buee*... tampoco sirve de la otra.

–¿Qué quiere decir? –se atrevió a preguntar Pedro, dando un paso hacia adelante.

–Que llevo tantos años sin entrar a mi propia casa –dijo, mirándose el cuerpo como si lo viera por primera vez.

Acto seguido se fue hacia la pieza pequeña llena de cachureos.

Manuel agitó el palo, como queriendo demostrar que ante cualquier movimiento en falso, él lo golpearía; pero sin darse vuelta siquiera, el hombre lo tranquilizó:

–No te preocupes, Manuel, no les haré daño ni a ti ni a tu hermana y tampoco a tus primos. Los conduje hasta aquí para que me ayudaran, pero ¡espérenme!, necesito encontrar algo para esta noche.

–¿Esta noche? –preguntó Joaquín.

–Sí, sí, esta noche, aquí mismo, necesito que me hagan un favor.

–¿A usted? –preguntó Estela.

–A mí, sí, ¿por qué?

–No sé, porque apenas le conocemos.

–¡Oigan! No les pediré nada que ustedes no puedan hacer –advirtió, asomando su cabeza.

En la expresión de su cara llena de polvo, como si hubiese estado revolviendo las cosas con la boca, había algo animal, pensó Sofía, y se arrepintió de inmediato. ¿Qué tonteras imaginaba?

–¿Y qué es lo que quiere que hagamos? –preguntó Beatriz.

–Un sahumerio –respondió, gritando desde dentro de la habitación–. Ojalá supieran hacer un machitún, es lo más efectivo, sin duda. Pero ustedes no tienen idea cómo se hace, y a esta hora del día, les será imposible conseguir una machi. Lo he pensado bien y creánme, he tenido tiempo de sobra para pensar hasta el más mínimo detalle –dijo y se largó a reír.

Los niños se encogieron de hombros. ¿En qué estaría pensando?

–Con un sahumerio andaremos bien, no se preocupen –y volvió a reír entusiasmado.

Los niños no contestaron. Tal vez, Pedro tenía razón y efectivamente estaba loco.

–¡Hey! –se asomó nuevamente–, no pongan esa cara. Ustedes no tienen idea por lo que he pasado y mírenme: ¡Aquí estoy! ¿Ven? Pues al mal tiempo buena cara.

–Nosotros no... –Joaquín no alcanzó a terminar, don Justo lo interrumpió:

–¿O piensan que es divertido caminar en cuatro patas, comer ratones y otras porquerías? ¿Me escuchan quejarme? ¡No!, porque no me quejo, nunca me quejo, acepto lo que viene noblemente, y ese es el asunto, niños, ¿comprenden?

No, no comprendían. Los niños seguían sin entender de qué hablaba. Pero don Justo no estaba para detenerse en detalles y siguió a pesar de sus caras de pregunta:

–Soy, y lo digo humildemente, un ejemplo vivo de la paciencia –volvió a asomarse con su cara embetunada de tierra–. Sí, señor. La paciencia hecha persona. La paciencia que esculpe al hombre, lo trabaja como un artesano y luego: ¡chan, chan! Uno deviene en otro y es capaz de aceptar cosas que antes creía imposible. Por ejemplo, yo era muy impulsivo. Jamás esperaba nada y ahora, ¿ven? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¡Ni idea! Dejé de contar, solo pensé que el día que llegara el momento y la hora indicada, yo estaría preparado y ¡heme aquí!

¿Qué estaría tramando?, pensó Sofía en el minuto que don Justo gritó:

–¡Ah! ¡Aquí está!

Los niños se asomaron a ver. El hombre estaba en cuatro patas y revolvía las cosas con la boca, efectivamente. De pronto se percató de que lo miraban y se enderezó avergonzado.

–Es más fácil si usa sus manos –dijo Beatriz.

–Je, je, je, ¡por supuesto! –rio y tomó algo parecido a una rama café–. Hombre precavido vale por dos. ¡Aquí la tienen!

–¿Qué es eso? –preguntó Manuel.

–Mi vela, mi propia vela. La hice con mis manos, ¡uf!, ¿hace cuántos años? No lo sé y, ¡claro!, en ese momento no sabía si la necesitaría, porque esta no es cualquier vela, ¿eh? Es una de cera de abeja y adentro, muy adentro, tiene una pluma de lechuza.

–Don Justo... –Sofía pronunció con timidez.

–Síií –respondió, estirando la vocal.

El hombre observaba su vela con una emoción desmedida.

–¿Nos puede explicar qué es lo que quiere que hagamos y por qué?

–Sí, sí, ya les explicaré –dijo, y volvió a revolver las cosas que tenía guardadas ahí.

–¿Busca algo más? –quiso saber la niña.

–Mi kultrún –seguía registrando en cuatro patas.

–Podríamos ayudarlo si quiere... –sugirió Manuel.

–No es necesario, ¡ya lo encontré! –exclamó y se levantó–. ¡Huy! No hay nada mejor que tener dos manos y dos pies, ¿no creen?

Los miró sonriendo, se veía que realmente le alegraba tener las manos en su lugar.

–¿Nos contará lo que pasa? –preguntó Sofía.

–Sí, sí –y los niños vieron que estirando el cogote hacía como que olisqueaba algo.

Luego, tomó la vela con la boca y se la llevó a Sofía. La niña lo miró perpleja. ¡Qué cosas extrañas hacía! Cuando estuvo a su lado, la dejó caer, con tanta suerte que ella alcanzó a tomarla antes de que se le resbalara.

–No la pierdas por nada del mundo, ¿eh?

–La guardaré, pero explíquenos qué quiere que hagamos –pidió la niña.

–¡Tienes razón! Faltan los porqués. ¡Vamos! Se los contaré todo, aunque no tengo mucho tiempo, pero algo se podrá contar... –y dicho esto bajó la escalera dando brincos.

Se detuvo en el living. Los niños se ubicaron alrededor suyo.

–Hablaré rápido –y se miró las manos y los pies–. Esta noche vendrán a la casa y encenderán esta vela. Lo primero que harán es prender la vela, recuerden: ¡la vela antes que nada! Luego, tocarán el kultrún, ¿alguno de ustedes sabe tocar tambor?

–¡Yo! –contestó Manuel.

–Pues bien, Manuel, quiero que toques sin interrupción. Escúchame: no te detengas por nada. Ustedes, mientras tanto –dijo, volviéndose para mirar a Beatriz, Estela, Joaquín y Pedro–, recitarán esto –y desprendió un pedazo de papel que estaba adosado al instrumento. Continuó: –Deben decirlo fuerte, que se entienda cada letra. No pueden comerse ninguna palabra, ¿me oyen? Ni una sola.

–Está bién –dijo Estela.

–Pero todavía no nos ha dicho por qué desapareció, por qué dejó su casa.

–¡Ah!, eso... No me gusta hablar de «eso».

–Pero «eso» es la clave de «todo» –insistió la niña.

–Hum, si no me queda más remedio... Debo decirles que la culpa la tiene el brujo –y comenzó a lengüetearse una mano.

Los niños se miraron extrañados. El hombre continuó:

–Una noche estaba aquí, justo donde nos encontramos ahora. Sentado en esa silla tocando mi

kultrún, me gustaba tanto tocarlo –susurró, acariciándolo con emoción–, y entonces sentí que llamaban a la puerta. Pregunté quién andaba, pero nadie me contestó, así es que no le di importancia y seguí tocando. Al rato volvieron a golpear, y esa vez, sin el menor cuidado, abrí la puerta de par en par. Me encontré con una luz amarilla resplandeciente, la luz más penetrante e intensa que ustedes se puedan imaginar, una luz que es como un rayo que no te deja ver otra cosa. Y yo, tontamente, no desvié la mirada. Me encandiló, como quien dice.

–¿Pero de dónde salió esa luz? –quiso saber Manuel.

–Esperen, déjenme terminar. Junto con la luz escuché una voz ronca que venía desde dentro de la luz, algo decía, pero estaba como atontado y no entendí bien.

–Pero algo habrá escuchado, ¿o no? –contestó Pedro.

–¡Pst! Palabras sueltas, como hombre... tierra... caducará... sin descanso... o algo así. Los brujos no siempre hablan claro, sino como las serpientes.

–¿Cómo así? –preguntó Sofía.

–¿Nunca han escuchado la voz de un brujo?

–Nooo –la respuesta de los niños fue unánime.

–Bueno, suenan como *zzzizzozzzz* o algo parecido –explicó el hombre.

–¿La luz era del brujo? –preguntó Manuel.

–Eso es lo que trato de explicarles. El brujo me encandiló, mientras repetía esas palabras con voz cada vez más profunda, como si hablara desde el fondo de la tierra. Me sentí mareado, el cuerpo me pesaba y me pesaba tanto, que tuve la sensación de que me estaba encogiendo. No me miren así. ¡Es verdad! Me hacía cada vez más chico, porque la luz era menos intensa a la altura de los pies. Y cuando ya estaba en el suelo, desapareció... claro que ya era demasiado tarde. La casa quedó a oscuras y sentí un silencio total, como si la quebrada se hubiese tragado todos los sonidos de una sola vez; no se escuchaba nada. Pedí auxilio, pero mi voz no era mi voz, sino un gruñido, un ronroneo totalmente desconocido. Me costó mucho entender...

–¿Qué?

–¡Que era el tonto más tonto de la tierra! ¡Grrr! –una exclamación de rabia le hizo mostrar todos sus dientes.

Los niños dieron un paso atrás al escucharlo gruñir como un lobo o ¡zorro!

–¡Hey! No se ponga así, que nos asusta –exclamó Manuel.

–¿Es que no se dan cuenta? ¡Había caído en la trampa del brujo malo! ¡Yo! Yo que estaba tan preparado para cuando viniera. ¡Todavía me da rabia!

–Se nota –dijo Joaquín.

–Perdone, ¿pero dijo «brujo malo»?

–¿No conocen su historia?

–Sí –contesto la Sofía–, me la contó la María.

–¡Entonces!

–Pensamos que era una leyenda.

–¡Ay! Los niños de hoy no saben nada de su pasado, grrr –y nuevamente sonó un gruñido animalesco. Los niños dieron otro paso atrás.

–No me queda mucho tiempo; por favor, escúchenme bien, pues conviene que lo recuerden: si un brujo les mira a los ojos les tomará el cerebro. Así es que no se vayan a dejar engañar, si no cualquier día despiertan tendidos en el suelo... Claro que de primera no entendí lo que me había pasado, sino mucho después; primero me desmayé. Para cuando desperté, aquí mismo, no podía moverme... estaba afuera.

–¿Afuera de qué? –preguntó Pedro.

–¡De mi cuerpo! ¿Qué otra cosa iba a ser?

–...

–No pongan esa cara. Mi cuerpo estaba ahí –don Justo señaló el suelo–, pero yo estaba afuera.

–No entiendo –replicó el niño.

–Para mí tampoco fue fácil. Sobre todo las primeras horas; no me atrevía a alejarme de mi cuerpo. Seguía tirado boca abajo sin ningún control sobre mímismo. Intenté moverlo, pero ¡pesaba una tonelada! Imagínense no más con lo chico que era en esos momentos que iba a poder mover esta tremenda humanidad. ¡Imposible! –don Justo hablaba de sí mismo como si realmente no se perteneciera, por eso los niños lo escuchaban como se escucha a un loco.

Volvió a lamerse las manos en un gesto animal que confundió a los niños.

–¿Qué le pasa? –preguntó Estela.

–Se me acaba el tiempo y necesito que me aseguren que harán lo que les pido.

–Sí, pero antes debe terminar la historia. ¿Dónde se suponía que estaba usted si no estaba en el suelo?

–¡Ya se los dije! ¡Estaba afuera! Mi cuerpo estaba en el suelo, pero no podía meterme en él; además, no me respondía para nada. Yo pensaba: *moveré un pie* y no pasaba nada, pues mis pies seguían sobre el piso. *Moveré la cabeza*, nada, ahí seguía la cabeza boca abajo. ¡Un completo desastre! Era una sensación horrible y me costó muchísimo acostumbrarme; digamos que cuando se lo llevaron...

–¿Se lo llevaron?

–Sí, no crean que lo iban a dejar ahí botado en el suelo, vinieron y se lo llevaron. Entonces me recuperé, pero a medias no más –los niños estaban con sus bo-

cas abiertas, ¡era tan inverosímil lo que escuchaban!

Don Justo siguió hablando:

–Sé que suena complicado, ¡es complicado! Lo que pasa es que ya me acostumbré, pero en ese momento, cuando sucedió lo que sucedió, cuando yo estaba fuera y quería entrar a mi cuerpo... Entonces se me ocurrió atarle una cuerda al cuello e intentar moverlo, para que quedara boca arriba. Pero no resultó. Nada me resultó en realidad y el tiempo pasó y se hizo de mañana y me dio hambre y yo seguía sin acostumbrarme a mi nueva realidad... –don Justo calló y miró a los niños.

Ellos no dijeron nada, pero les dio la impresión de que comenzaba a encogerse.

–Se... se... se... –tartamudeó Beatriz.

–¡Se está encogiendo! –gritó Estela, y salió de la casa corriendo.

–¿Qué le pasa? –preguntó Sofía.

–¡Lo de siempre! Qué maldición la del brujo, por eso se los pido, ¡ayúdenme esta noche! ¿Lo harán? Sofía, prométeme que vendrás y harás el sahumerio –le imploró.

La niña asintió y él le tomó las manos:

–Cuento contigo –dijo, y salió de la casa corriendo y se internó en la quebrada.



X

Rito en la casa

Tuvieron que ingeniárselas para convencer a sus padres de que los dejaran salir esa noche. Les dijeron que harían una fogata en el bosque y comerían salchichas asadas, pero la verdad –ellos lo sabían– cumplirían con la promesa que le habían hecho a don Justo y volverían a la casa para hacer el sahumerio.

Así es que apenas se puso el sol retomaron el camino hacia la quebrada.

María Pitrufquén vio alejarse a los niños por la ventana de la cocina. Estaba lavando los platos cuando los vio. Y como que se llamaba María Pitrufquén que el asunto ese le olió extraño; porque, ¿qué hacían caminando hacia la quebrada si dijeron que irían al bosque? Sospechó que los niños andaban en algo secreto. Un secreto relacionado con la quebrada.

–Hum –resopló, pasando la esponja con fuerza–. Apenas termine de lavar iré a ver a esos sabandijas –concluyó.

El zorro los esperaba en medio de la quebrada. Beatriz lo miró de reojo, desconfiaba del animal tanto como de don Justo.

Una vez que llegaron a la casa corrieron los muebles y se sentaron formando un círculo en el suelo. Estela tomó la vela, Manuel el kultrún y Sofía anunció que ya había memorizado las palabras escritas en el papel que le había dado don Justo. El resto tendría que repetir cada frase que ella dijera.

Agregó:

–Manuel, cuando Estela encienda la vela comenzarás a tocar suavemente el kultrún; luego, lo harás más rápido y más rápido, ¿entiendes? Estela, tú debes mantener encendida la vela pase lo que pase.

–¿Qué puede pasar? –preguntó su prima.

–No lo sabemos, ese es el punto, que no tenemos idea de qué va a pasar esta noche, pero pase lo que pase, tendrás que mantener la vela encendida, ¿está claro?

Estela asintió.

–Los demás –continuó Sofía– repetiremos el texto frase a frase.

Los niños la miraron divertidos; es decir, Sofía se lo tomaba tan en serio que les causó vergüenza ajena.

Estela encendió la vela que se prendió lanzando chispas, como si hubiese hecho cortocircuito.

–¡Ohhhh! –la voz de Sofía sonó metálica y gutural, como gaita desafinada.

Manuel tocó:

Bom-bom-bom.

Beatriz hizo amago de reírse, pero le intimidó la seriedad de su prima.

Los niños repitieron:

–¡Ohhhh!

Manuel tocó:

Bom-bom-bom.

–¡Tengo mi kultrún! –gritó Sofía.

–¡Sofía! –Beatriz intentó acallarla o bajarle el perfil a la situación, pero Sofía la hizo enmudecer de una sola vez.

–Repite –les dijo seria, y los primos repitieron:

–¡Tenemos el kultrún!

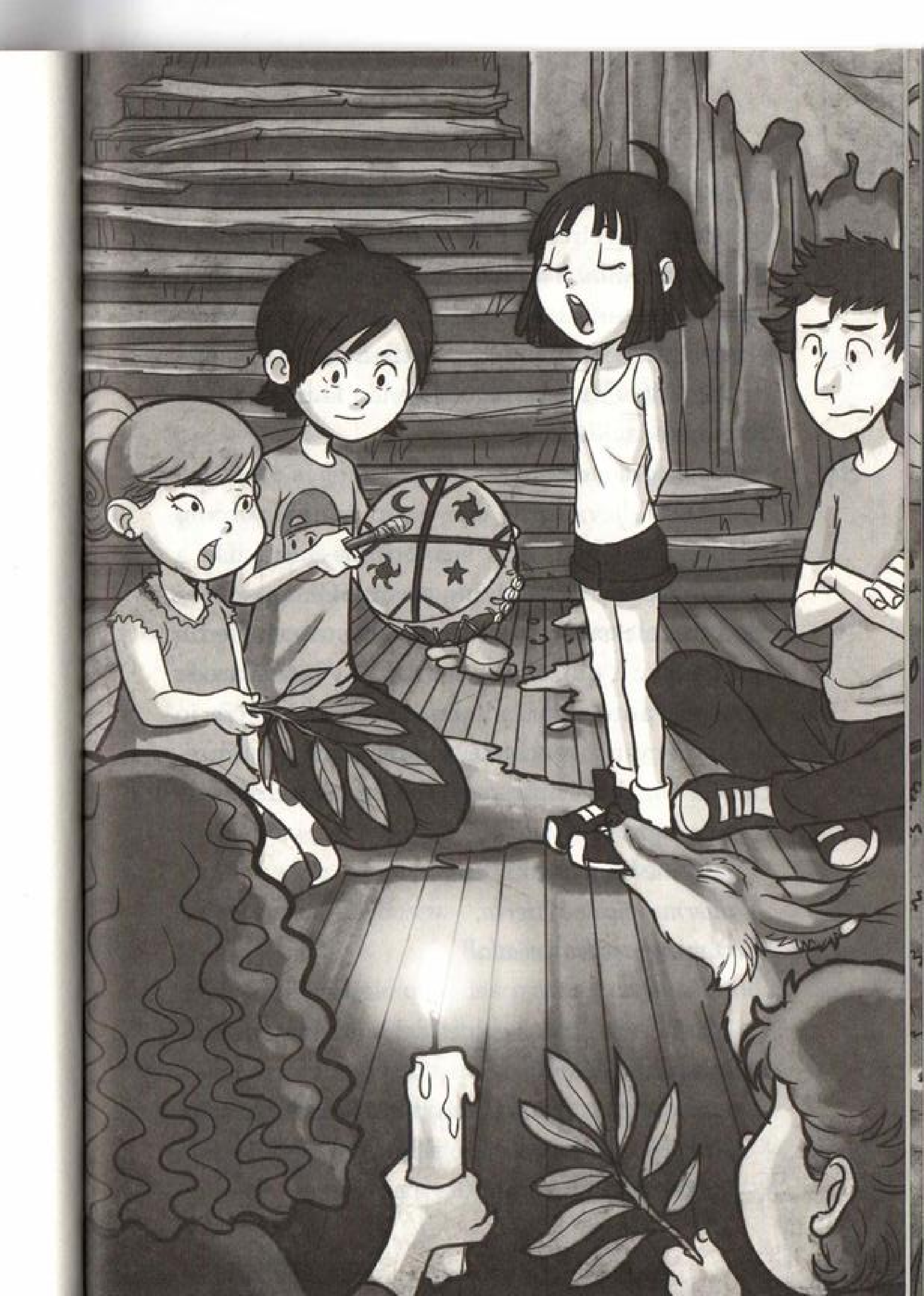
Bom-bom, sonó el kultrún en manos de Manuel.

Sofía continuó:

Tengo mi kultrún,
de madera de mi tierra,
tuyo es el elemento, el agua y la cordillera.

Bom-bom-bom.

Tengo mi kultrún,
sonidos que retumban en la noche,
mecen y duermen a los andantes,
nada queda vagando en oscuridad para el caminante.



Hizo una pausa. Los niños estaban sentados alrededor de un círculo, Estela sostenía la vela que titilaba tranquila. A un costado de Sofía, el zorro miraba sin pestañear. Nada particular había ocurrido. Nada fuera de lo común ni que llamara la atención de los niños. La casa seguía siendo la misma casa abandonada de siempre.

Hasta ese momento.

Sofía se levantó y, con gesto teatral y como teledirigida –pensaron sus primos–, se puso a saltar recorriendo el living en un baile que tenía algo de ancestral o africano; ellos no supieron qué pensar. Y quizás por sus saltos y la polvareda que se levantó o por la llama de la vela que creció de manera insospechada, el ambiente se enrareció. La voz de la niña retumbó en las paredes de la casa:

Duerme hombre errante,
duerme hijo de la tierra,
duerme madera forjada.

Bom-bom-bom.

Manuel aceleró los golpes del kultrún que se escucharon con eco:

Bom-bom-bom. Bom-bom-bom.

Una brisa suave recorrió el interior de la casa.

Sofía continuó:

Duerman árboles –y extendió la «s» que quedó resonando en el ambiente.

Bom-bom-bom –siguió el kultrún de Manuel.

La brisa se transformó en esa «f» que conocían bien: un viento huracanado que pasó por el living y se coló por la escalera hasta el segundo piso.

Bom-bom-bom.

Junto al golpeteo sintieron unos pasos en el segundo piso:

Quic quic quic quic.

Claramente eran pasos que iba y venían. Beatriz le dio un codazo a Joaquín. ¿Era cierto lo que escuchaban?

Sofía continuó:

Duerman los huesos que caminan,
duerman las almas que transitan,
duerman las entrañas de la madre tierra;
primavera, verano, invierno y otoño, descansen;
sol y luna, descansen.

Bom-bom-bom, el kultrún.

Quic quic quic quic, las pisadas en el segundo piso eran de una multitud, como si arriba de sus cabezas se movilizara un regimiento. El zorro comenzó a aullar, imparable. El viento soplando como una «ffffff» recorrió la casa, revolviendo papeles y mugres. Un olor nauseabundo inundó el living.

Y el zorro volvió a aullar. Beatriz se acercó al animal e intentó hacerle cariño, pero este, con su piel toda erizada, le gruñó mostrando sus caninos.

Manuel continuó:

Bom-bom-bom-bom.

Quic quic quic quic, los pasos se acrecentaron en el segundo piso. Cada vez más fuertes, cada vez más numerosos.

Sofía se levantó y saltó en medio del círculo formado por sus primos, repitiendo la palabra *paz*, y la «z» resonó con un ceceo extraño.

La niña siguió:

Paz.

Hombre y mujer,

norte y sur, paz,

este y oeste, paz.

¡Descansen!

Entonces se calló y sintieron la primera sacudida. No solo el regimiento de pisadas que se movilizaban en el segundo piso, sino un sacudón de la casa.

–¡Descansen! –gritó Sofía, y la llama de la vela se volvió pequeña y azul.

–¡Estela! –le dijo a su prima–. ¡No dejes que se apague!

Pero la niña no la escuchó, pues la casa volvió a sacudirse lentamente, un vaivén suave, como si la tierra temblara bajo sus pies, y oyeron el sonido ensordecedor de miles de aleteos, cientos de millones, como si todos los pájaros de la tierra se hubiesen echado a volar. Y entonces vieron bajar por la escalera una bandada de lechuzas. Negras, grises, blancas o moteadas, con sus ojos amarillos rasgados y sus alas en movimiento permanente. A medida que llegaban al living se precipitaban por la puerta hacia fuera, lanzando un grito desgarrador.

–Jiiiiiihaaaaaaeee.

Los niños se agacharon, en parte por el miedo y en parte para evitar que los rasguñaran con sus filudas uñas, pero las aves de rapiña ni se fijaron en ellos, salieron como espantadas, como si un peligro que los niños desconocían las acechara.

Y de pronto todo terminó.

La casa dejó de sacudirse y no se escuchó nada más que sus respiraciones agitadas.

–Se acabó –anunció Sofía.

Sus primos se enderezaron y la miraron atónitos.

–¿Qué es lo que terminó? –dijo Joaquín.

–Todo.

–¿Cómo sabes que terminó? –preguntó Manuel.
–Lo sé. Se ha ido.
–¿Quién se ha ido? –volvió a interrogar Manuel.
–Don Justo.
Y los niños la miraron extrañados.



La sacudida inesperada

Los niños se sacudieron el polvo que tenían sobre la ropa, el pelo, la cara, ¡por todas partes!

Beatriz, temblando de miedo, preguntó:

–¿Por qué dices que don Justo se fue?

–El zorro no está, desapareció –contestó Sofía.

Los niños miraron alrededor y, efectivamente, no había señales del zorro.

–¡Ja! Ese salió detrás de las lechuzas –exclamó Joaquín–. ¡Festín de aves que se va a dar!

–¡Ay!, Joaquín. ¿No te das cuenta de que el zorro y don Justo eran lo mismo?

–Y dale con tus historias... –le reprochó Pedro.

–Ah, no. Por favor, no se pongan a pelear ahora; vámonos a la casa –pidió Estela.

Continuaban dentro de la casa y se disponían a salir cuando sintieron un zumbido que venía desde la quebrada, como si a toda máquina se acercara una locomotora.

Y entonces comenzó el movimiento.

–¡Un temblor! –gritó Joaquín, y salió corriendo de la casa. Los niños lo siguieron.

La casa empezó moverse de lado a lado. El espectáculo era impresionante, parecía una casita de muñecas agitada en las manos de un gigante. Apenas podían caminar, ni qué decir de mantenerse de pie: el suelo ondulaba como una boa llevándolos de un lado a otro, arriba y abajo. Así es que se abrazaron, apretujados unos contra otros, aguantando.

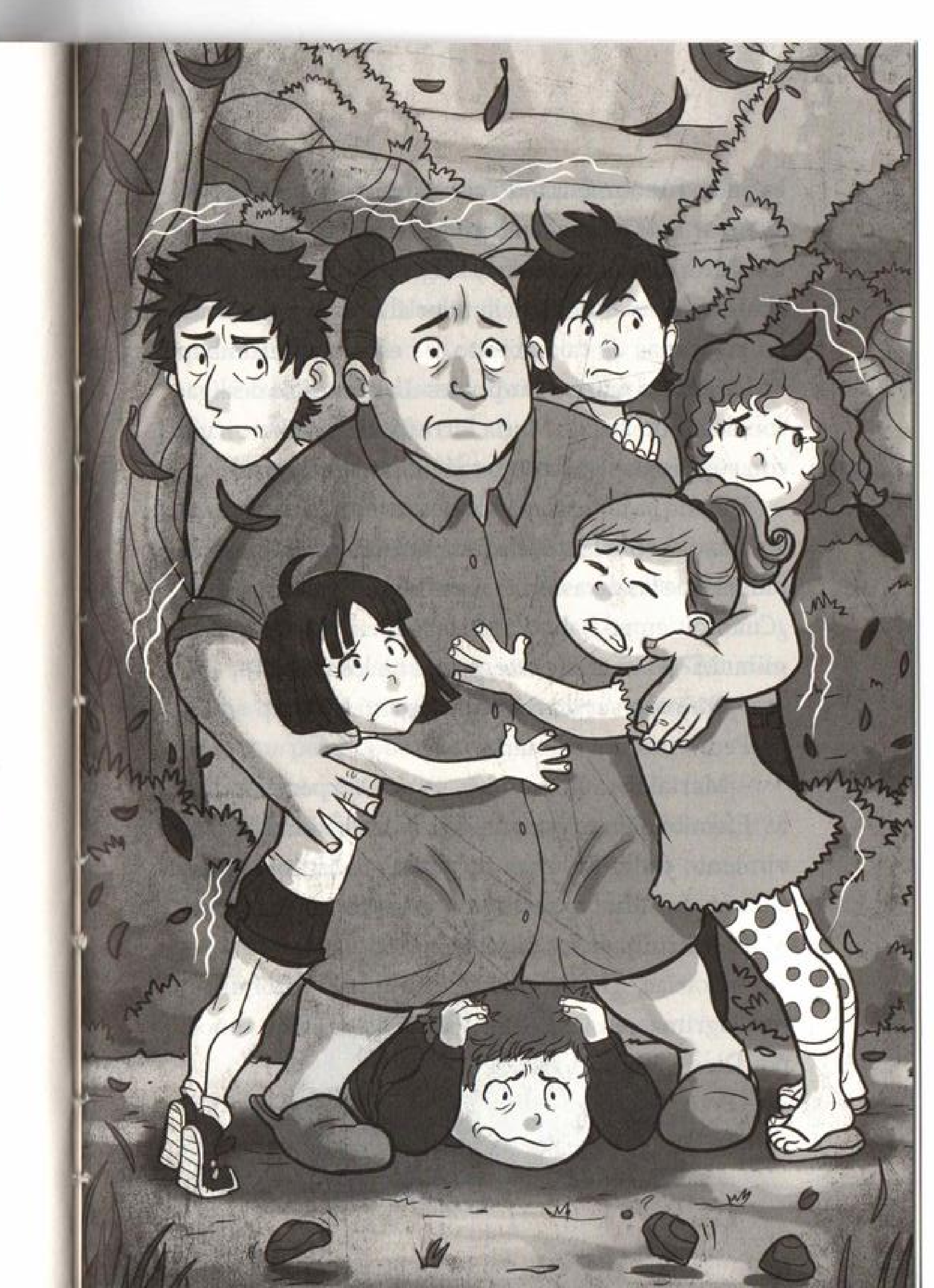
De pronto, la voz de María los sorprendió:

–¡Virgencita linda, gracias! ¡Están vivos! –gritó, y corrió hacia ellos.

María Pitrufquén entró en la escena sin que los niños supieran cómo había llegado hasta ahí, pero inmediatamente se sintieron seguros. La mujer los agarró de los hombros, abrazándolos sin la menor intención de soltarlos todo el rato en que duró el temblor. Pero la tierra se movía cada más fuerte y parecía que el movimiento no terminaría nunca.

–¡Piedad, Virgencita! ¡Piedad! –gritó María, y los niños se acurrucaron a su lado.

Los troncos de los árboles iban de un lado a otro como queriendo llegar al suelo, y por todas partes les caían hojas y ramas de los árboles, como una lluvia verde. Era, sin lugar a dudas, un espectáculo digno de verse, pero al mismo tiempo terrorífico, porque



la tierra fue aumentando velocidad, como queriendo avanzar más y más rápido. El suelo bajo sus pies era un sinfín de olas que iban y venían. Fue cuando escucharon un ruido colosal, similar al de las explosiones en las minas de tajo abierto, de esos que retumban en los cuatro puntos cardinales. Los niños se desligaron de los brazos de María Pitrufquén y pudieron ver con sus propios ojos cómo caía la casa del ahorcado.

De una sola vez cayó sobre sus cimientos. La polvareda que se levantó fue tan monstruosa que les impidió verse las caras. Y la tierra no paraba de moverse. ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Diez, veinte, treinta minutos? ¡Parecía eterno!, pensaron los niños.

–¡Qué va a ser de nosotros! –gritó María.

Pedro intentó calmarla:

–¡María! Estamos a salvo, ya pasó lo peor –le dijo.

Efectivamente, poco a poco, la intensidad de movimiento cedió en unas sacudidas constantes pero suaves. Estaban a salvo, sin heridas ni rasguños. María Pitrufquén los besó en la frente.

–¡Gracias, Diosito santo! ¡Gracias! –pronunció con lágrimas en los ojos–. Vámonos de aquí, niños; por Dios, vámonos.

–Pero María... –dijo Estela como queriendo calmarla.

–Niños –los apuró María–, debemos movernos antes de que aparezca la réplica.

–¿La réplica? –preguntó Joaquín.

–¡Ay, chiquillo! No me discuta, ¿no ve lo nerviosa que estoy?

–Pero si no te discuto, quiero saber qué es la réplica –insistió el niño.

–La réplica es la réplica, *pueh*, esa que viene justito después del terremoto.

Poco a poco, la polvareda fue cediendo y los niños pudieron ver el daño en la casa: estaba literalmente en el suelo.

–¡Miren lo que fue a pasar! –se lamentó María–. Nadie quería esta casa y se destruyó solita. No tendrán que pelear por ella.

Sofía suspiró.

–El final de la casa del ahorcado –dijo María, y se persignó.

–También el de don Justo –respondió Sofía.

–No hable leseras, niña.



La tierra volvió a moverse, más suave, pero lo justo para alertar a María:

–¡Ya lo decía! ¡Ya lo decía! ¡Vámonos de aquí!

Se abrazaron a su gruesa cintura y tomaron el camino a casa. No por la quebrada, sino a campo abierto.

–María –volvió sobre el tema Sofía–, don Justo se fue esta noche.

–¿Qué está diciendo, chiquilla loca?

Y entonces, le contaron lo ocurrido. Su visita al cerro de la cruz, el remolino de viento y el zorro que les mostró la cueva, la casa del ahorcado y la aparición de don Justo en su propia casa. Las cosas raras que hacía y la manía que tenía de buscar las cosas con la boca.

–¿Entonces era cierto? ¡Lo sabía! –replicó María, y se persignó por enécima vez en esa noche.

Le contaron sobre el sahumerio.

–¡Ay! Habérmelo dicho. ¡Les habría ayudado! ¿No ven que tengo poderes curativos? –dijo, mirándose las manos, y continuó: –Su abuelo siempre decía: «María, tus manos valen oro». Sí, pues, porque no es cosa de llegar y escoger cualquier plantita, ¿no ve que todas sirven para cosas diferentes? Pero una las conoce todas. ¡Pst!... Las de Los Robles como la palma de estas *santas manos* –aclaró, exponiendo las manos; los niños se encogieron de hombros–. Que me atormente mi abuelita Rosa, que en paz descanse, si es que no digo la verdad. La pura y santa no más.

–Pero, María, ¿tú crees que don Justo era ese zorro? –preguntó Beatriz.

–¡Y claro! ¿No ve que lo hechizó ese brujo malo?, ya decía yo que en esta historia don Justo era un santo. Porque a la gente le gusta hablar de más, pero una se tiene que mantener firme con sus creencias, así no más.

Los niños no la volvieron a interrumpir porque María ahora contaba sobre unos duendes que vivían en Osorno hacia la cordillera. Unos pequeñitos personajes verdes –¿cómo sabía que eran verdes?, no lo explicó– que aparecían en la noche como lucecitas, alumbrando la oscuridad y paseándose por los patios de las casas, haciendo un ruido infernal, como cuando los niños desordenan una pieza llena de juguetes. ¡Cuánto miedo le daba a ella toda esa historia! Según María, su prima Carmen vivía en una casa llena de duendes y cada vez que la veía le venía con sus cuentos, y a ella le daba tanto miedo que tenía que meterse hasta el fondo de la cama para no escucharla.

Caminaron acompañados de María y sus innumerables historias hasta la casa de Los Robles. Un montón de gente se había reunido a la luz de las velas y linternas. Hablaban del terremoto, de lo que se había perdido, del susto que pasaron.

Los Robles estaba sin luz y sin agua y, no obstante, notaron los niños, existía una cierta euforia en el ambiente, un entusiasmo como de fiesta. Tal vez por el hecho de saberse vivos, que había venido el remezón, pero ellos estaban a salvo.

–¡Los niños! –gritaron sus padres y salieron a recibirlos. Apenas los tuvieron cerca los abrazaron.

–¡María! –dijo la madre de Manuel–, de haber sabido que estabas con ellos no habríamos pasado tanto susto. ¡Imaginamos tantas cosas!

María se persignó por duodécima vez.

–*¡Mij!* Si llegué justito cuando comenzó a moverse todo! –dijo María.

–¡Ay, pero qué suerte!

–Sí pues, los pillé por allá en la quebrada, no sabe *na* lo que ha pasado, la casa del ahorcado, se cayó todita –contó María y los niños enrojecieron, pues sus padres se habían dado vuelta para escuchar.

–¿Me van a decir que estaban en la quebrada? –preguntó el padre de Joaquín.

–Aun cuando saben que no tienen permiso –acotó la madre de Estela.

–Qué vergüenza les debería dar, ya son grandes para hacer tonteras.

María salvó la situación, dijo:

–*Na*, si los niños de pura buena gente, no más, señora, ¿no ve que los mandé a buscar unas matitas de poleo?

Sus padres los quedaron mirando. Ellos se enrojecieron, como sucede cada vez que se dice una mentira. Sofía pensó que quizás al día siguiente habría tiempo para contarlo todo. Tal vez.

La madre de Manuel dirigió la vista hacia María:

–Así es que poleo, ¿eh? –indicó.

–Así mismo, ¿no ve que el poleo está tan redifícil de encontrarlo? Antes era cosa de estirar la mano; ahora, con los calores se hizo humo y solo se encuentra en la quebrada.

Los niños sonrieron y María les guiñó un ojo.

La tierra volvió a sacudirse lentamente, lo que despabiló a los padres y les recordó que tenían mucho que hacer antes de acostarse. De partida había que sacar sacos de dormir, carpas y frazadas porque pasarían la noche ahí fuera. El padre de Manuel les pidió a los niños que lo ayudaran para armar una fogata. La tierra seguía temblando a ratos y cada vez que lo hacía los niños recordaban su excursión a la casa de don Justo. El zorrito pequeño y las lechuzas que salieron en bandadas. Esa noche no solo aprendieron qué eran las réplicas, sino que –se prometieron– de ahora en adelante, cada vez que visitaran Los Robles, se cuidarían mucho de mirar de frente a quien tuviera los ojos amarillos.

Sara Bertrand

Sara Bertrand vive y trabaja en Santiago de Chile. Estudió Historia y Periodismo en la Universidad Católica de Chile y ha trabajado en diarios, revistas y radios. Ganó la beca de creación literaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes con *Cuentos Inoxidables* y la de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano con *Los acordes del mandinga*. Además, el concurso Alimón de Tragaluz editores junto al escritor Francisco Montaña. Ha publicado en Francia, Colombia, Ecuador, Bolivia, México y Venezuela. Su novela juvenil *Ejercicio de supervivencia* fue traducida al francés.

Índice